

*Juan A. Ríos Carratalá*

# PETRÓLEO, MONJAS Y POETAS

*OTRAS HISTORIAS DE 1964*



SEVILLA

AÑO 2021

---

LOS CUATRO VIENTOS  
RENACIMIENTO  
PUBLICACIONES UA

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN . . . . .	7
AQUÍ HAY PETRÓLEO . . . . .	31
Autarquía y alucinaciones. – El embaucador. – La verdadera riqueza: el agua. – Paz y petróleo. – El motor de agua del perito industrial. – Un motor al rescate de la crisis del petróleo. – Epílogo con payasos. – El papel de los inventores en el imaginario de la época.	
UN TORERO CATALÁN, UNA REINA FUGAZ Y UN OBISPO LEPROSO . . . . .	121
La necesaria paradoja. – Un «rijoso chulo de putas en La Coronela». – Un torero catalán. – Torero y galán. – «Dame pajaritos, Mario». – El actor, los clásicos y las empresas ruinosas. – La Paz trajo a Cenicienta.	
MONJITAS Y NIÑOS POR DOQUIER . . . . .	193
Los claustros de la ficción. – Monjas sin fronteras. – La trágica historia de Sor Sonrisa. – Inciso español. – El drama de la supuesta sonrisa. – Sor Citroën y el <i>aggiornamento</i> . – La saga de los Chenchos.	

LA MARQUESA DADIVOSA . . . . .	269
La mensualidad de Pijoaparte. – La bella sigue en las nieblas. – La bella y el poeta. – Una bella de usos múlti- ples. – Apariciones fugaces de la bella.	
EPÍLOGO . . . . .	317
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	327

## INTRODUCCIÓN

**L**os balances oficiales de un período histórico tienden a constituir un motivo de orgullo para la reafirmación de quienes los promueven y organizan con recursos públicos. Estos estipendios siempre son generosos dada la coincidencia del pagador y el beneficiario. La mirada retrospectiva desde el poder nunca genera dudas. Al contrario, procura identificar, seleccionar y magnificar los objetivos alcanzados por la colectividad. El consiguiente relato los presenta como si fueran jalones de un progreso imparable, que resulta deudor de quienes lo auspiciaron con su liderazgo. La encarnación del mismo en un solo individuo, fruto de la divina providencia, concreta y simplifica la captación del proceso. El elegido por la gracia de Dios se convierte así en el referente inexcusable para un cuerpo social que se supone homogéneo y unido en su avance. La propaganda del franquismo jugó esa baza durante décadas para convertir al Caudillo en la clave de bóveda de un período de «Paz, Prosperidad y Unidad». Los tres conceptos se enunciaban de manera machacona y con mayúsculas. La consigna

obviaba los detalles de lo concreto para evitar posibles réplicas, que por otra parte habrían sido censuradas.

El problema del relato propagandístico es la otra cara de la moneda, aunque la peseta esté acuñada con el perfil del dictador. La presencia de Lázaro de Tormes, el infamado pregonero, cuando el Emperador hace su entrada en «la insigne ciudad de Toledo» nos recuerda esa dualidad. Frente a la complejidad dialéctica de la misma, la mirada del poder margina el recuerdo del precio pagado en forma de exclusión o de fracasos, que a veces son individuales y en otras ocasiones alcanzan la trascendencia de lo colectivo. Sus testimonios se quedan en la otra orilla, una localización a menudo rentable para la literatura o cualquier ficción con voluntad crítica. Al cabo de los años, esas huellas del pasado también cobran el valor de lo lúcido o clarividente cuando reaparecen en un trabajo histórico. El consuelo reconforta al lector, pero resulta tardío porque en su momento los protagonistas nunca dejan de sufrir las consecuencias de haber sido marginados por el poder. A la espera de semejante justicia poética, esas víctimas se quedan de por vida en la otra orilla. Allí hace frío; ni siquiera cabe la posibilidad de contar con un abrigo, mientras algunos imaginan un futuro tan lejano como inseguro cuyas reparaciones morales apenas recompensan.

El relato del balance histórico permanece férreamente controlado cuando hablamos de dictaduras. Todas aprovechan los motivos deparados por el calendario de celebraciones y procuran jalonar así, con una lógica que parece confundirse con el sentido común, su permanencia en el poder. Las conclusiones de esta mirada retrospectiva en busca de un balance están prefijadas por la prosa de las órdenes ministeriales. La sorpresa o la duda ni siquiera se asoman como hipótesis capaces de cuestionar la continuidad del

propio régimen. Al contrario, el previsto resultado en estos casos supone una invitación a la confianza sin límites temporales. La justificación de esa continuidad suele quedar reforzada tras la correspondiente campaña propagandística. En especial, para quienes encuentran en el calendario la excusa de una cifra redonda, que permite realizar esos balances de manera premeditada, desde la voluntad expresa del poder y con una coartada solo creíble porque no admite réplicas. Así sucedió en la España de la campaña organizada en torno a los XXV Años de Paz.

La celebración de la efeméride tuvo lugar en 1964, aunque poco antes, en 1961, ya se hablara de los veinticinco años en un tono bien distinto por el recuerdo del 18 de Julio. La fecha emblemática incluía un «espíritu» convertido en la guía para cualquier tipo de empresa. A pesar del santo y seña de tantos desmanes, los tecnócratas de las camisas blancas andaban con otras inquietudes en aras de la economía, reorientada gracias a los planes de estabilización. El camino fue largo. Estos gobernantes del desarrollismo tardarían algunos años hasta contar con avales tangibles para imponerse a sus nunca relegados compañeros, a efectos del atrezo o el discurso, de la camisa azul. Baste contemplar la entusiasta entrega del No-Do con motivo del Desfile de la Victoria de 1961, que contó con la participación de cincuenta mil veteranos dispuestos a reafirmarse en los motivos que justificaron la guerra contra «los enemigos de España». Las imágenes del noticiario son tan elocuentes que excusan cualquier otra explicación.

La idea de reconvertir ese belicismo en un canto a los beneficios de la Paz cuajó gracias al oportunismo político de Manuel Fraga Iribarne, por entonces al frente del Ministerio de Información y Turismo. La propuesta también pareció lógica y propia del sentido

común en un clima de consenso. No obstante, algunos dudaron, incluidos los vencedores, de que en 1939 se hubiera iniciado un período donde el concepto dominante fuera la Paz. La Victoria tuvo mucho más predicamento entre quienes jamás manifestaron una voluntad de reconciliación. La obligada cita de Dionisio Ridruejo y unos pocos más confirma el valor de la excepcionalidad con respecto a la regla. La fórmula lampedusiana para permanecer en el poder solo admitía la integración del vencido, en el mejor de los casos y con las debidas precauciones. Sus prudentes defensores asumían el riesgo de ser acusados como traidores a los muertos durante la Guerra Civil, siempre redondeados en torno al millón para calibrar la maldad de semejante conducta contra la memoria de su sacrificio. La acusación, reiterada en la prensa, nadie se la tomaba a broma. De hecho, nunca lo fue vistas las consecuencias sufridas por quienes abrieron vías de diálogo.

La campaña de los XXV Años de Paz fue abrumadora. El resultado de

suele ser el propio de una celebración bien organizada, convenientemente manipulada y mejor pagada. Siempre gracias al dinero público, que no se regatea en tales ocasiones con melindres de timorato. Tampoco se controla o cuantifica en realidad. El epígrafe presupuestario solo es una apariencia, ya que todas las instancias oficiales están obligadas a contribuir con sus propios presupuestos. La consigna surtió el debido efecto sin necesidad de ser formulada en el BOE y no debiera ser obviada por los historiadores, que a veces buscan las partidas específicas con la ingenuidad del bienintencionado.

La generosidad del gasto con motivo de los XXV Años de Paz responde a una intención propagandística en un tiempo todavía